

## EL DESEO



Recién me subí al metro en la estación Zapata. Las puertas se cierran y el mundo se reduce a esta interminable cotidianidad. No hay asientos. Tomo la barra de metal. Absorbe mi piel con su leve contacto helado. En las ventanas del fondo, las luces aceleradas suspiran un segundo antes de desaparecer. Olores silenciosos, ruido plano. Empiezo a verlo todo en blanco y negro.

Poco después, en Eugenia, la veo parada en el andén. Y sus colores brillantes contrastan con los grises del resto del mundo. Me recrimino el recurso visual tan usado. Las puertas se abren y se cierran con ese desagradable escape de gases embotellados.

Ella toma la misma barra de metal. Espero. Luego de una casi eternidad, sus dedos descienden lentamente y me rozan por accidente. Inmediatamente huye y coloca su mano lejos.

En Balderas el oleaje humano la acerca. Y al contrario de lo sucedido a algún rockero desafortunado, de pronto está pegada a mi pecho. Siento su olor, su respiración. Sonríe resignada. Como puedo

le hago espacio para aliviarla de situación tan incómoda. Me arrepiento inmediatamente. Cambio de mano en la barra. Ella ha quedado de lado. Entonces puedo ver su pelo rubio, liso, largo. Recién lavado. Aspiro su olor. Me alejo. No quiero que mi cuerpo establezca ningún contacto que pueda ser malentendido. Recuerdo algunos códigos de Cortázar y la veo de reojo, usando la ventana como espejo.

En Hidalgo la presión cede un poco. Para Tlatelolco ya está lejos. En La Raza se sienta (yo debí haber descendido en Juárez). El asiento a su lado queda libre en Potrero. Dudo. Me sonrío. Entonces voy. Por un instante veo hacia fuera. ¿Me decidiré a hablarle? Ella se levanta y va hacia la puerta. Se baja en La Villa.



Estoy aturdido. Pude haber perdido al amor de mi vida. Sé que es tonto, pero posible. En Indios Verdes corro hacia la dirección contraria para alcanzar el siguiente convoy. Me quedo pegado a la puerta. Al llegar a La Villa bajo de prisa y mientras subo las gradas quiero intuir por dónde se fue. Decido que por la izquierda y salgo de la estación. Camino por Insurgentes en dirección Norte, hasta llegar al cruce con Montevideo. Allí doblo rumbo a la Basílica. Mi mirada se alarga y se acorta. Trato de ver más allá de la gente. En cuanto veo a alguna mujer rubia o medio rubia, me acerco. No necesito alcanzarla para darme cuenta del fracaso.

Llego al templo. Entonces acepto el absurdo. ¿Realmente pretendía encontrarla? ¿Entraré a la iglesia y asumiré el ridículo de pedirle ayuda a la Guadalupeana?

No llego a tanto. Sólo recorro los comercios de los alrededores. Busco una medalla especial. Reconozco la insensatez. Al fin compro la primera que encuentro en el puesto más cercano. Me la cuelgo y espero.

Camino, sin pensar, hasta la colonia Martín Carrera. Allí tuve amigos, hace más años de los que quiero. Puede que viva en una de esas casas. Si camino por allí tal vez encuentre a Rogelio o a Carlos (pero Carlos vivía en Ciudad Neza), o a Pepe y les pregunte por ella.

Cruzo Juan Vivaldi, la calle de Rogelio. Entonces reacciono y temporalmente abandono el delirio. Regreso al metro por la estación Martín Carrera.



Esta vez no utilizo a Cortázar. No estoy buscando gente pálida, ni personas que vivan aquí. La busco a ella. Por las tardes, en la línea tres. Más o menos a la misma hora de aquella vez. Probablemente venía de la universidad y...

Las mañanas y las noches las paso en las otras líneas. Algunos días recorro tres veces lo que llamo el círculo corto. En Centro Médico tomo la línea nueve, dirección Pantitlán y me bajo en Jamaica. Allí trasbordo a la línea cuatro hasta Martín Carrera. Subo entonces en la línea seis, hasta El Rosario. De

allí tomo la siete hasta Tacubaya. Nuevamente a la línea nueve para cerrar el círculo.

A veces atravieso la ciudad de Sur a Norte. Desde Embarcadero hasta Ciudad Azteca. Otras lo hago de Oriente a Occidente. De La Paz a Cuatro Caminos. Y otros días agoto líneas en orden ascendente. Primero las numéricas y luego las literales.

Llegará el día, estoy seguro.



Trasbordo en Hidalgo, rumbo al Sur. Entre la multitud, la reconozco. Espero a que el mundo se haga más grande para acercarme. Pero al fin decido que es mejor seguirla de lejos. Ella se baja en Eugenia. Camina por Cuahutémoc hacia el Norte, hasta Concepción Beistegui y allí da vuelta a la izquierda. Cruza Anaxágoras y Pitágoras. En Pestalozzi da vuelta a la derecha. Camino detrás, delicadamente, hasta el número 416.

A partir de entonces la espero todos los días, para soñar en la distancia, detrás. Ella sale entre ocho y media y cuarto para las nueve. Trabaja en uno de los negocios de medallas de la Basílica. Estuve a punto de encontrarla aquel primer día. Debí caminar cinco ventas más. Pero contra el destino no es posible pelear.



Hace algún tiempo le hablé a Juan Carlos de ella. Es el amor de mi vida, le he confesado, pero aún no he podido conocerla. Se la he descrito detalladamente. Y casi estoy seguro de que sabe quién es.

Ayer dijo que me iba a presentar a una amiga.

Quedamos en encontrarnos frente al metro Etiopía. La idea es ir a tomar un café por allí cerca. Los tres. Por supuesto, en su momento, sé que va a dejarnos solos.

Llegó puntual. Allí está..., y reconozco a la muchacha. Es ella. Así que rápidamente doy vuelta y me alejo antes de que me vean.

